

en la clasificación de las *oraciones*⁸, en la de los dialectos portugueses y en alguna otra ocasión⁹.

El propósito de Lázaro ha sido, según él mismo indica, el de hacer una obra eminentemente útil a los estudiantes de filología románica, propósito plenamente logrado, sin duda alguna. Quizá esa utilidad pudiera aumentarse un poco, si en algunos casos se atendiese más al campo románico o al español, que al clásico, contrariamente a lo que Lázaro hace al estudiar el verbo y la declinación¹⁰.

Ejemplo de la concisión y claridad que distinguen a este diccionario, puede serlo, entre otros muchos casos, la definición del préstamo lingüístico, perfectamente diferenciado del *calco* y del *extranjerismo*. No obstante, en este caso especial, consideramos que sería útil hacer la distinción señalada por Tappolet, entre préstamos "de lujo" (*Luxuslehnwörter*) y préstamos "de necesidad" (*Bedürfnislehnwörter*). De igual forma, convendría distinguir entre la Romania propiamente dicha, y la Romania Nueva y la Desaparecida.

Observaciones todas de detalle, que en nada disminuyen el innegable valor del léxico de Lázaro, al que expresamos nuestro reconocimiento por el valioso servicio prestado a la filología.

JUAN M. LOPE

El Colegio de México.

FRANCISCO SANMARTÍ BONCOMPTE, *Tácito en España*. C. S. I. C., Instituto "Antonio de Nebrija", Barcelona, 1951; 216 pp. (Publicaciones *Emerita*, Serie humanística, 2).

He aquí una brillante contribución a la historia del influjo de los clásicos latinos en las letras españolas. Después de una breve Introducción y una Bibliografía, el autor estudia los Códices españoles de Tácito (pp. 17-26), las Ediciones y comentarios (pp. 27-59), los Traductores (pp. 60-110), la Influencia de Tácito en la literatura española (pp. 111-202) y, en un pequeño Apéndice (pp. 203-211), su huella en Hispanoamérica y en Portugal.

Sanmartí lamenta (p. 11) no haber podido utilizar la parte aún inédita aspectuales, como *flexional*, *sintagmática*, *derivativa* y *radical* (cf. JENS HOLT, *Études d'aspect*, Copenhague, 1943, pp. 80-81).

⁸ En la clasificación de las oraciones coordinadas se citan sólo las *copulativas*, *distributivas* y *adversativas*, con olvido de las *disyuntivas* y las *ilativas*. Por otra parte, puesto que se hace la división de las oraciones *coordinadas* y de las *adjetivas*, sería también conveniente clasificar las *sustantivas* (sujetivas, objetivas, finales y adnominales) y las *adverbiales* (modales, temporales, de lugar, causales, concesivas, condicionales, comparativas y consecutivas).

⁹ Puesto que se clasifican rigurosamente los dialectos portugueses meridionales (*extremeño*, *alentejano* y *algarvés*), lo mismo debería hacerse con el *interamnense* y el *trasmontano*. En el artículo dedicado al *epiteto*, parece haber confusión entre los términos *atributivo* y *predicativo*, ya que la mayor parte de los gramáticos reserva el nombre de *adjetivo predicativo* al que se une al sustantivo mediante el verbo *ser*.

¹⁰ Pensando exclusivamente en el latín hace Lázaro la clasificación del subjuntivo, el estudio de los casos de la declinación y el de las formas nominales del verbo, con olvido del español. Asimismo, es preciso señalar que la pasiva impersonal se conoce también en castellano (GILI GAYA, § 105).

de la *Bibliografía hispano-latina* de Menéndez Pelayo; la verdad es que de muy poco le hubieran servido sus apuntes sobre Tácito, desconcertantemente pobres, como ahora podemos ver (*Bibl. hispano-latina clásica*, t. 8, Madrid, 1952, pp. 93-101): no se describe allí ni una sola traducción, ni se dice nada sobre la influencia de Tácito. El libro de Sanmartí es, en buena parte, fruto de una investigación de primera mano.

Menéndez Pelayo (*loc. cit.*, p. 93) menciona sólo dos códices “españoles” de Tácito (texto latino); Sanmartí se refiere a esos dos y describe o menciona otros diez, casi todos del siglo xv; ninguno de ellos es de gran interés filológico¹, pero constituyen la primera muestra de la penetración del historiador romano en el Prerrenacimiento español. Otras papeletas incluidas en esta misma sección de “Códices”, como las misceláneas de Antonio Agustín y los manuscritos de versiones de Tácito o de los aforismos entresacados de sus obras, quizá quedarían mejor colocados en las secciones respectivas: Comentarios, Traductores, Influencia².

La parte relativa a “Ediciones y comentarios” comienza con una breve historia de las ediciones antiguas de Tácito y de los principales trabajos críticos realizados en Europa sobre el texto de sus obras. En España “falta todo intento original de fijación de texto”, dice Sanmartí (p. 28), si bien inserta en seguida (p. 29) un excesivo elogio del texto latino que en 1794 ofrecen Cayetano Sixto y Joaquín Ezquerro, “verdadera edición de Tácito, completa y original dentro de lo que cabía a fines del siglo xviii, por . . . el espíritu crítico que despliegan sus autores”³. El mejor esfuerzo, en este sentido, es el que representan los cuatro tomos de Tácito (*Anales*, I-II, *Historias*, I-II y obras menores) publicados en la colección latino-catalana de la Fundació Bernat Metge. Fuera de ello, hay apenas algunas ediciones escolares, como las de “Clásicos *Emerita*” o las de la casa Bosch, de Barcelona. No es mucho; sin embargo, esta sección resulta muy nutrida porque Sanmartí, demasiado benévolo, incluye en ella simples versiones castellanas con prólogo o “argumentos”, como los tres volúmenes de la “Biblioteca clásica” de Hernando, el *Tácito* de la Editorial Aguilar, y aun —quizá por inadvertencia— el tomito de la “Colección Universal” de Calpe⁴. Hubiera

¹ El ms. 49.2 de la Bibl. Capitular de Toledo gozó de mucha fama entre 1897, cuando fue descubierto, y 1902, cuando se encontró el Codex Aesimus. A los estudios mencionados en la p. 22, nota 5, añádase el de F. F. ABBOTT, *The Toledo manuscript of the “Germania”*. . . , Chicago University Press, 1903.

² El Conde de Gondomar poseía entre los “libros manuscritos o de mano” de su biblioteca un “Cornelio Tácito, libro primero de los Anales” (inventario publicado por M. SERRANO y S[ANZ] en *RABM*, 1903, t. 1, p. 223). Es quizá la versión de don Antonio de Toledo.

³ Sanmartí añade que un defecto de esta edición es “el empeñarse en ofrecer el texto antiguo que leyer[on] . . . Coloma y Alamos de Barrientos” a comienzos del siglo xvii, o sea, en resumidas cuentas, el texto de Justo Lipsio (entre 1574 y 1600), a pesar de que Sixto y Ezquerro conocían las mejores ediciones del siglo xviii. No parece haber aquí, pues, nada de “espíritu crítico”.—Ya que el texto de Lipsio fue el más conocido en España, hubiera sido conveniente hablar con mayor precisión de la tarea de ese humanista; véase, por ejemplo, J. RUYSSCHAERT, *Juste Lipse et les Annales de Tacite, Une méthode de critique textuelle au xvi^e siècle*, Louvain, 1949, y C. O. BRINK, “Justus Lipsius and the text of Tacitus”, *JRS*, 41 (1951), 32-51.

⁴ No se registra en ningún lugar la publicación del *Diálogo de los oradores* (trad. de C. Sixto y J. Ezquerro) al final del t. 18 de la “Biblioteca clásica”. En la lista de la p. 29 falta el libro II de las *Historias*, ed. M. Bassols de Climent (Barcelona, 1946), y allí y en la p. 58 la 2ª ed., revisada, de las *Historias*, I-III, por J. Vallejo (Madrid, 1948).

sido preferible, en nuestra opinión, pasar gran parte del material anterior a la sección de "Traductores", con lo cual se habría evitado, además, la repetición de ciertos datos o juicios (repetición que a veces llega a ser literal: compárese lo dicho sobre Juan Alfonso de Lancina en las pp. 40 y 106).

Las páginas en que Sanmartí estudia las traducciones del gran historiador latino son muy estimables —de hecho, sólo analiza las versiones antiguas, sobre todo la de Emmanuel Sueyro, la de Baltasar Álamos de Barrientos y la de Carlos Coloma—, y sus juicios, si prescindimos de algunas vacilaciones⁵, nos parecen acertados. Sueyro, el autor de la primera versión impresa, es el más fiel y el más conciso, pero carece de soltura (Sanmartí llama "fondo" a la fidelidad en la traducción, y "forma" a la fluidez de la lengua); Sueyro y Álamos son "mejores latinistas que Coloma, aunque éste les aventaja en elegancia de estilo" (p. 60). De la larga comparación de las tres versiones en las pp. 65-103, resulta que "Sueyro yerra en catorce [lugares] y es impreciso en nueve, Álamos en diecisiete y doce, respectivamente, y Coloma en treinta y nueve, y trece". El principal demérito de Álamos es su verbosidad (traduce, por ejemplo, *deturbati ruinae modo praecipitantur*⁶ por "los contrarios caían despeñados de las defensas abajo, derribados de los nuestros como por una tempestad y de la manera que se arruina un grande edificio"); Coloma, cuya versión ha sido la más elogiada⁷ y la más reeditada, "incurre en faltas de traducción imperdonables y muchas veces incomprensibles" (p. 86), y además es evidente que copia a sus dos predecesores. Con todo, aunque en estas tres versiones haya tales deficiencias, parece demasiado duro decir que "ninguna de ellas es... tan sólo presentable en nuestros tiempos" (p. 65). A los demás traductores —Antonio de Herrera, Lancina, etc.— les consagra Sanmartí mucho menos espacio (en la p. 96 se refiere al lamentable *Tácito* de la Editorial Aguilar, "aportación de escaso interés" y mero *pastiche*).

Lo más importante del libro es el capítulo sobre la Influencia de Tácito en la literatura española. "Es impresionante —dice el autor (p. 111)— el parecido entre dos momentos, el que en Roma va de Séneca a Tácito y [el que] en España comprende a Quevedo y Gracián. Precisamente por esto senequismo y tacitismo son los dos principios vitales de la ideología

⁵ En contra de la opinión de Sixto y Ezquerro, según los cuales Álamos publicó su versión "después de vista la de Sueyro" (cf. p. 72), Sanmartí afirma (p. 60) que "de Sueyro y Álamos no puede decirse que copiaron un[0] del otro, toda vez que tradujeron a Tácito casi simultáneamente"; pero páginas adelante, después de señalar un caso de versión coincidente, comenta (p. 69): "Probablemente cabe considerar esta infeliz coincidencia como una prueba más de que Álamos vio la traducción de Sueyro".—De la versión de Antonio de Herrera dice (p. 105) que "no es mejor ni peor que la de Álamos o la de Sueyro", pero añade a continuación: "Muchos pasajes que aquéllos equivocaron, él los interpreta muy bien y con mayor claridad".

⁶ *Historias*, IV, 71. (Sanmartí cita *deturbati... deturbantur* en las pp. 77 y 94).

⁷ Felipe IV leyó con gusto esta versión "a exclusión de las demás que ablan español", según dice el propio Coloma en carta al Cardenal Bentivoglio publicada por A. MOREL-FATIO en *BHi*, 13 (1911), 230-233. La carta tiene gran interés por sus datos sobre las actividades literarias de Coloma. La biografía de éste en el libro de Sanmartí resulta un tanto esquemática comparada con la de Álamos; además de la carta mencionada (y el comentario de Morel-Fatio), véanse los discursos de ALEJANDRO LLORENTE y del MARQUÉS DE MOLÍNS en la recepción del primero en la Academia de la Historia (Madrid, 1874), y la importante *Généalogie* de los Coloma por J. F. A. F. Azevedo Coutinho y Bernal, impresa s.l.n.a. (Bélgica, hacia 1780).

de nuestro Barroco: Séneca es a Quevedo lo que Tácito a Gracián". Las fechas son elocuentes: la traducción de Sueyro se publicó en 1613 (y se reimprimió en 1614 y 1619); la de Álamos, en 1614; la de Herrera, en 1615; la de Coloma, en 1629 (la parcial de Antonio de Toledo, terminada en 1590, no llegó a publicarse). Álamos tenía prácticamente concluida su labor antes de 1594; en este mismo año "estaba... dedicado Lupercio Leonardo de Argensola... a traducir los Anales de Tácito... , aunque se ignora si continuó este trabajo"; también don Miguel Climent, protonotario de la Corona de Aragón, había empezado a traducir al gran historiador⁸. Como observa Sanmartí a propósito de Álamos, no fue "humanismo puro" lo que movió a algunos de los traductores; con mayor razón hay que decir eso de los comentadores y forjadores de aforismos. La moda de hacer comentarios políticos sobre las obras de Tácito o de entresacar de ellas máximas de gobierno nació en Italia, pero el ejemplo de un Scipione Ammirato (1598)⁹ y de un Filippo Calviana (1600) cundió inmediatamente en Francia y en España. Álamos de Barrientos "ilustró" su versión con gran cantidad de aforismos, plagiados por el catalán Joaquín Setanti (el cual los publicó en 1614, achacándose los nada menos que a Arias Montano) y más tarde por Antonio Fuertes y Biota, y traducidos al italiano por Girolamo Canini; el melodramático Antonio Pérez, amigo de Álamos, salpicó sus escritos de máximas taciteanas; Eugenio de Narbona compuso una *Doctrina política civil escrita en aforismos* (1621); Lancina comentó profusamente el primer libro de los *Anales* (1687), etc., etc. Al mismo tiempo, Tácito inspira a los historiadores políticos, como Maquiavelo y Guicciardini¹⁰, de tal modo que muchas veces el tacitismo penetra a través de ellos. El ya mencionado Setanti traduce las *Proposiciones* políticas de Guicciardini (1610), y éste y el P. Mariana son las dos fuentes modernas de Eugenio de Narbona¹¹. En cuanto a Maquiavelo, es muy conocida su relación con Tácito, estudiada, entre otros, por Toffanin y Momigliano¹². Sanmartí sostiene en varios lugares que el tacitismo español no se identifica plenamente con el maquiavelismo¹³, pero es innegable que los contactos son frecuentes y nu-

⁸ Sobre Argensola y Climent, no mencionados por Sanmartí, véase J. A. PELLICER Y SAFORCADA, *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles*, Madrid, 1778, p. 28 y sus "Noticias para la vida de L. L. de Argensola", *ibid.*, p. 11 (numeración distinta). Pellicer cita a Ustarroz y a Andrés; este último vio dos pliegos manuscritos de la versión de Argensola.—Tamayo de Vargas atribuía otra versión de Tácito a Simón Abril, cosa poco probable (véase M. MORREALE DE CASTRO, *Pedro Simón Abril*, Madrid, 1949, pp. 269-270).

⁹ MENÉNDEZ PELAYO, *op. cit.*, t. 8, p. 94, menciona una versión española de su *Discurso sobre Cornelio Tácito*, ms. de la B.N.M., y trae referencias a otros comentarios que tampoco parece conocer Sanmartí.

¹⁰ También hay que incluir en este grupo a Scipione Ammirato, que dos años después de sus comentarios sobre Tácito publicó sus famosas *Istorie fiorentine* (1600).

¹¹ Felipe IV, lector de la traducción de Coloma, tradujo la *Historia de Italia* de Guicciardini. Es significativo poner esto al lado de otros dos hechos: la afición de Felipe II a las obras de Tácito (recordada por Sanmartí en la p. 115) y la versión que Felipe V hizo, "con suma energía", de la *Germania* y el *Agrícola* (dato que falta en Sanmartí; cf. PELLICER Y SAFORCADA, *Ensayo...*, p. 2).

¹² Sanmartí cita el libro de TOFFANIN, *Machiavelli e il tacitismo*, Padova, 1921; A. MOMIGLIANO, "The first political commentary on Tacitus", *JRS*, 37 (1947), 91-101, hace ver cómo las obras del historiador romano solían servir de capa para exponer las doctrinas maquiavélicas.

¹³ Hace suyas así las conclusiones de J. A. MARAVALL en su valiosa *Teoría española del Estado en el siglo xvii*, Madrid, 1944.

merosos. Ya en 1595 el P. Rivadeneyra echaba en un mismo saco a Maquiavelo y a Tácito, uniéndolos en su apasionada condena.

Lugar aparte merecen tres de los mayores prosistas del siglo xvii: Quevedo, Gracián y Saavedra Fajardo. Muy bien hace ver Sanmartí cómo Quevedo no pierde ocasión de lanzar tiros contra “el bellaco de Tácito”, escritor impío, oropelesco, mentiroso y aun plagiarlo. Es verdad que algunas veces lo cita o alude a él, pero esto de manera fría y neutral, sin sombra de entusiasmo; así, pues, no vemos que haya en Quevedo “a pesar de todo... una admiración no común” (p. 134) por el historiador de los Césares. Gracián, en cambio, es “el escritor español más identificado con Tácito”, no sólo en el aspecto estilístico, sino también en el ideológico. Pero el gran jesuita “oculta sus fuentes y las refunde en el crisol de su ingenio”, de manera que es difícil concretarlas (a menudo la influencia de Tácito le llega a través de Antonio Pérez o de Álamos de Barrientos); Hamelot de la Houssaie, el célebre traductor francés del *Oráculo manual* (1684), traductor asimismo de Tácito, cree descubrir a cada paso reminiscencias de éste en aquella obra; “tacitiza a Gracián y hace graciano a Tácito” (cf. V. BOUILLIER en *BHi*, 13, 1911, p. 138). Por lo demás, Gracián, como Rivadeneyra, abomina del “falso político llamado el Maquiavelo” y de sus “razones, no de Estado, sino de establo” (*Criticón*, ed. Romera Navarro, t. 1, p. 236). En cuanto a Saavedra Fajardo, él mismo afirma que teje su *Idea de un príncipe cristiano* “con los estambres políticos de Cornelio Tácito”; los centenares de citas han sido identificados ya por Vicente García de Diego en su edición de *Clás. cast.*; Sanmartí se limita a estudiar brevemente cómo el autor de las *Cien empresas*, a pesar de su admiración por Tácito, no se sirve de él sin muchas reservas¹⁴.

Después de estudiar la huella de Tácito en la literatura política, expone Sanmartí su influjo en la historiografía española. Gracián habla en un pasaje del *Criticón* (ed. cit., t. 3, p. 272) de “la profundidad y garvo político” de los italianos Guicciardini, Bentivoglio, Caterino Davila, Siri y Birago, “sequaces todos de Tácito” e historiadores de sucesos particulares modernos¹⁵. También son secuaces de Tácito varios de los historiadores de sucesos particulares en España. Sanmartí reconoce que Tácito “no ha influído notablemente” en el P. Mariana, en Coloma ni en Solís; se funda para ello en los juicios respectivos de Cirot, Menéndez Pelayo y Ticknor (quizá el caso de Coloma merecería un examen más atento). En cambio, juzga incontestable esa influencia sobre Antonio Pérez, Hurtado de Mendoza, Moncada y Melo, y estudia detenidamente las imitaciones taciteanas de los tres últimos. Hurtado de Mendoza, como dice Cirot¹⁶, cometió en su *Guerra de Granada* “el error de mirar demasiado a su modelo” (Sanmartí examina el exordio, las digresiones, los cuadros, los retratos, etc., y gran

¹⁴ En la p. 146 dice Sanmartí que Saavedra Fajardo llama a Tácito “el otro inventor de la pólvora”. En realidad, Saavedra se refiere a Justo Lipsio, que al dar a conocer la obra de Tácito, “no sé si fue más dañoso... que el otro inventor de la pólvora”, a causa de las “doctrinas tiránicas y el veneno” que muchos han sacado de ella.

¹⁵ Cf. también *supra*, nota 10. Ya hemos recordado la traducción de Guicciardini por Felipe IV; la *Historia delle guerre civili di Francia* (1630) de Caterino se tradujo al español en 1631, y la *Guerra di Fiandra* (1632-39) del Cardenal Bentivoglio, el amigo de Carlos Coloma, en 1643.

¹⁶ G. CIROT, “La *Guerra de Granada* et l’*Austriada*”, *BHi*, 22 (1920), 149-159. Sanmartí no parece conocer este artículo, que le hubiera sido muy útil.

número de recursos retóricos inspirados en Tácito); Menéndez Pidal, Morrel-Fatio y Cirot se han fijado en el famoso pasaje en que Mendoza cuenta la excursión del Duque de Arcos a los lugares donde había perecido don Alonso de Aguilar, pasaje calcado íntegramente de un episodio de los *Anales*. Cirot, sin embargo, disculpa al historiador español, cuya obra representa, a pesar de ese pueril afán de imitación, un laudable esfuerzo por “crear un estilo de historia” en una época en que no había grandes modelos que seguir en España; Mendoza “es el primer estilista que tuvo la prosa histórica española después de Pérez de Guzmán, y fue él quien abrió el camino no sólo a Melo y a Solís, sino también a Quevedo y a Gracián” (art. cit., p. 153). En Moncada es más difícil precisar la huella de Tácito; hay, sin embargo, en la *Expedición de catalanes y aragoneses*, sobre todo en el exordio, varios calcos exactísimos de las *Historias*, y aquí y allá la adopción de algunos recursos artísticos; pero Moncada no asimila a su modelo, y su estilo, concluye Sanmartí (p. 175), “no tiene apenas nada que ver con el de Tácito”. Esa asimilación, en cambio, es completa en la *Historia de los movimientos... de Cataluña* de Francisco Manuel de Melo, obra maestra de concisión y sobriedad¹⁷. Termina Sanmartí con un elogio (no exento de discrepancias) de Gregorio Marañón, gran admirador de Tácito y estudioso de su obra y de su influencia en libros como el *Tiberio*, el *Antonio Pérez* y la *Crónica y gesto de la libertad*¹⁸.

La historia y el análisis detallados de la influencia clásica sobre la literatura española, y en especial sobre la prosa artística del Siglo de Oro, no se podrán hacer sin el estudio previo de sus zonas más importantes. Falta, por ejemplo, una investigación sobre la profunda huella de Séneca que sea tan seria y metódica, por lo menos, como este *Tácito en España* de Sanmartí Boncompte.

ANTONIO ALATORRE

El Colegio de México.

¹⁷ Hubiera sido igualmente provechosa para Sanmartí la breve nota de G. CIROT “Sur un procédé de style de Francisco de Melo”, *BHi*, 4 (1902), 163-166; cf. también *ibid.*, 20 (1918), p. 138, su reseña del estudio de EDGAR PRESTAGE, *Don Francisco Manuel de Mello, Esboço biográfico* (Coimbra, 1914).

¹⁸ Agrupamos aquí unas pocas observaciones de detalle y señalamos algunas erratas. P. 61, línea 10: léase “Suetonio” en vez de “Sueyro”; *ibid.*, al final: Herrera tradujo los libros I-VI de los *Anales* (no I-IV: cf. pp. 35 y 104); p. 87, línea 24: la traducción *pellex* ‘amiga’ no tiene nada de particular, sobre todo en el siglo XVII; p. 89: no hay razón para acentuar *Acté*, a la francesa (sería de desear mayor atención a los nombres propios; Sanmartí vacila, por ejemplo, entre *Sejano* y *Seyano*, *Popea* y *Popeya*); p. 125: el título de los *Aforismos* publicados por Fuertes y Biota está incompleto; además, la fecha no es 1602, sino 1651, y el nombre del impresor es Meursio, no Merusio (en general, falta exactitud en la descripción de las portadas); p. 128, línea 8: está equivocada la fecha 1825. Nos sorprende en la p. 174 la palabra *corage* ‘ánimo, valor’, y en muchos lugares la palabra *fallo* por ‘falla’ o ‘defecto’. — He aquí una insignificante adición al apéndice sobre Tácito en Hispanoamérica: Sanmartí cita en la p. 206 el lema de la *Gaceta de Buenos Aires* (1810), tomado del comienzo de las *Historias*; el lema de *El Observador de la República Mexicana* (1827), cuyo principal redactor era José María Luis Mora, proviene del comienzo de los *Anales*: “Sine ira et studio, quorum causas procul habeo” (traducido con mucha propiedad: “Sin parcialidad ni encono, de lo que estamos muy ajenos”); la frasecilla era muy sobada; ya la había puesto Carlos María de Bustamante en la portada de su *Tercero juguete* (México, 1812), aunque incorrectamente: “Sine ira neque odio, quorum causas procul habeo”.